

El pintor Hernández

Daniel Hernández no es un desconocido en el Perú. Aunque vivió ausente de su patria, en el terruño no le olvidaron; porque fué su ausencia involuntaria, y como la de un heraldo del arte y de la pintura nacional en los centros de la civilización europea.

Supo adquirir la fama de pintor de talento, y conquistar recompensas y medallas en las exposiciones de París, Madrid, Barcelona y otras; triunfos que no se perdieron en el vacío de la indiferencia social, pues repercutieron entre nosotros.

Su labor múltiple se escapaba de la austeridad de los museos, para embargar las vidrieras y escaparates boulevarderos que exhibían sus reproducciones en estampas y grabados, demostrando así que se puede haber nacido en el Perú, y ser pintor de gusto refinado.

Aquí desde lejos le seguíamos en la ascensión de su quimera de la forma y del color, compartiendo la alegría de sus entusiasmos y anhelantes siempre de verle entre los suyos, donde hoy se le tributan aplausos, admiración y cariño.

La obra pictórica de Hernández obedece, como en raros pintores, más que a la acción de una voluntad, al acaso, a un conjunto de circunstancias que determinaron el género de su labor. ¿Cuáles fueron éstas? Tristezas sin fin, dolores, infortunios, la negra noche de la pobreza que oscurece el sol de la juventud.

Alma artista que ambiciona lo más, y se reduce a lo que la suerte le depara. Jamás vacila, y avanza siempre hacia la realización de su ensueño, porque es un sensitivo a quien fascina la belleza: un apunte, un croquis, lo mismo que un gran cuadro, o un lienzo pequeñito, son el producto de una emoción sentida, la repercusión de una onda de sonoridad estética.

El juego caprichoso de una nota de luz, el movimiento grácil de una mujer hermosa, o cualquiera otra futilidad armónica, conmueven de tal modo su sensibilidad, que originan la concepción de sus composiciones pictóricas, inspiradas siempre en la emoción.

Aquí, desde lejos le seguíamos en la ascensión de su qui-

Las flores de la Arcadia lo llevaron siempre ante la euritmia de los cuerpos desnudos; pero esto no mancilló nunca su lucha por la existencia, ni el dolor, ni la pobreza de su juventud, ni el bienestar y la holgura que adquirió después.

Ni la bohemia estudiantil, ni las tentaciones halagadoras del placer turbaron la nobleza de su alma y la sinceridad de sus convicciones.

Los que desde años atrás le conocen ponderan la serenidad de su espíritu, la igualdad de su carácter, y una resignación imperturbable para aceptar las vicisitudes o contrastes que de continuo rompen la alegría de la existencia.

En Hernández se esconde el alma de un filósofo de otros tiempos, magnánimo y bondadoso, y el temperamento de un griego por su amor a la belleza. Desconoce las pasiones mezquinas, sin duda porque carecen de belleza. Espíritu fuerte en la adversidad, y moderado en el placer, posee un corazón vibrante sin exceso, ni desbordes, mas con ternuras de sensibilidad exquisita que responde a las delicadezas más complicadas. La mujer es para Hernández lo que para el célebre poeta argentino Olegario Andrade: "la hija de una lágrima de Dios", y no la Eva del pecado.

De fantasía insinuante, picaresca algunas veces, nunca su pincel se recreó en impudores.

Su obra pictórica, apreciada en conjunto, lo revela el poeta de la paleta emotiva. Sus desnudos son el poema de la carne palpitante, del encanto femenino, de la gracia del contorno, del misterio velado sin lobregeces de tragedia. Sus Venus no tienen el atrevimiento de la desnudez pagana, ni parecen incitantes como la maja goyesca: son las chicas de Montmartre purificadas por un pincel que no llegó a recrearse fuera del arte, y que pinta cuerpos bellos, carnes frescas, primaverales cual las flores de una alborada, deliciosas perlas que aparecen púdicas, veladas por las balvas.

Si Hernández hubiese nacido en el siglo XVIII, no habría sido el pintor del terror y el castigo, sino más bien un continuador de los beatos antiguos, que se recreaban al pintar bellas madonas. Viviendo en el centro de la alegría turbadora, y del arte múltiple, interpretó el ambiente de la época al ejecutar el desnudo femenino; mas por fortuna no ha caído en el pecado tan frecuente entre los artistas de psicología oscura, que dan una interpretación martirizada y reveladora del arte malsano de los neurasténicos de sensaciones.

Las figuras desnudas de Hernández no tienen la inmoralidad del gesto, ni la actitud provocante: sabe interpretar la castidad de la desnudez, y el impudor aparece ingenuo revelador de una inspiración que canta el himno de la verdad, porque sólo aspira a mostrar el alma de la forma viva que constituye el cuerpo de la belleza femenina.

EVANGELINA.